



Mercado de Antón Martín. Madrid

El hijo de John Lennon

Alfonso Fernández Burgos

Yo, yo no soy un terrorista, soy el hijo de John Lennon. A usted le extrañará, pero cualquier bien nacido que no tenga horchata en las venas, hubiera hecho lo mismo. Uno no puede dejar que se vaya de bóbilis quien ha llevado a la ruina a tu familia, aunque al final todo lo que hagas para evitarlo se te vaya al garete. Ya le he dicho a los otros que yo no tengo cómplices, y que la navaja la compré hace una semana en la cuchillería que está en la esquina de Atocha con el pasaje Doré, en la misma manzana del mercado en el que trabajo, puede preguntarlo si quiere, me conocen de toda la vida. Yo no quería hacer daño a nadie, bueno..., sólo a ella, y acabar de una vez por todas con esta pesadilla que tengo metida en la cabeza desde que era un niño. Ella, la señora Ono como usted la llama, los tiene engañados a todos y a nosotros nos destrozó: dejó a mi madre en la barra de una cafetería sirviendo tortitas con nata para el resto de su vida y a mí repartiendo pedidos de coliflores, lechugas y pimientos por todas las casas del barrio, teniendo que poner buena cara a los muertos de hambre de mis vecinos para que luego me dieran una propina.

No hay derecho, ¿sabe usted?, de no haber sido por La China ahora estaríamos viviendo en Mallorca, que es lo que teníamos pensado, bueno, es lo que había pensado mi madre porque yo entonces era muy pequeño.

Por eso cuando hace una semana Fermín, el de la casquería, me dijo: “¡Eh, tronco, que tus ídolos vuelven a Madrid, van a dar un concierto en el campo del Atleti!”, dejé el carro con los pedidos en la esquina del Pasaje y me fui a comprar el periódico al quiosco que hay en la puerta de San Nicolás. Lo que decía Fermín era cierto, volvían, treinta años después. Mientras estaba leyendo sentí pena por mi padre, él ya no podría estar, pero cuando vi que ella, la muy guarra, esa sanguijuela, los acompañaba, mire, me hirvió la sangre, se lo



juro. Quería regodearse de nosotros. Ella, que nos lo ha robado todo, se presentaba en Madrid, con toda la desfachatez del mundo, como para decirnos: “Ahí os jodáis”, para darnos en las narices. Venir aquí, Dios mío, donde por vergüenza no tendría que haber pisado en su vida. Vi su foto en el periódico y sonreía, y yo, que de tonto no tengo un pelo, leí en sus labios: “¡Aquí estoy yo, ¿qué pasa? ¡Anda y que os zurzan!”. Y ese recochineo, señor comisario, no me lo aguanté.

Y mire usted que soy pacífico, pero eso se pasaba de castaño oscuro. Si yo no me he alterado en mi vida, si cuando estoy en el mostrador y las mujeres discuten por la vez yo pongo paz entre ellas, si nunca le he hecho daño a nadie..., bueno sí, una vez, pero de eso hace mucho tiempo, le rompí la cara a un niño que se llamaba Ramiro. Porque se pasó, ¿sabe usted?, si no, no le hubiera hecho nada. Fue en el colegio y tendríamos unos trece años, él estaba de portero y, en el último minuto, le lancé un trallazo que atrapó, pero que de lo fuerte que iba el balón le dobló las manos y entró. Y con los ojos muy chicos por la rabia me dijo:

—No ha sido gol, estabas en orsa.

Le contesté que a llorar a los Paúles, y entonces cerró un poco más los ojos y me dijo:

—Además, Baeza, tú no tienes padre y lo sabe todo el mundo, y los que no tienen padre son unos hijos de puta.

Yo no he visto a nadie chorrear tanta sangre por la nariz. Le unté, vaya si le unté, de lo lindo. El resto de los niños miraba en silencio y asustados la zurra, nunca me habían visto así.

Lo cogí de la pechera y me acuerdo que tenía el jersey caliente y húmedo y esto me dio ganas de seguir pegándole y le di más puñetazos hasta que se quedó blando y callado como un pelele. Entonces le levanté un poco la cabeza tirándole del cuello de la camisa y le dije:

—Lennon, chaval, mi apellido es Lennon. Con tres enes: Lennon, ¿te enteras?

Me volví hacia el corro y grité:

—¿Entendido? —y el grupo de muchachos bajó la mirada y se fue dispersando con lentitud.

En un último gesto de desprecio le di a Ramiro con la mano abierta sobre la nariz, que la tenía ya como un fresón podrido y se quedó tumbado sin decir ni mu mientras yo le repetía:

—Lennon, chaval, Lennon y algún día presumirás de haberme conocido.

Me marché a los vestuarios sacando pecho, orgulloso de ser quien soy y silbando *El submarino amarillo*. Entonces sentí que el tacto de la sangre tibia y espesa me producía una sensación agradable. No me la lavé hasta que, ya seca, me molestaba entre los dedos. Era como un pegamento de mala calidad, como el engrudo que me hacía mi abuela con harina para pegar los cromos de los Beatles en el álbum que me había regalado mi madre.

Pero desde entonces no le he vuelto a hacer daño a nadie, se lo juro señor comisario. Lo que pasa es que cuando vi en el periódico la foto de la bruja con mi hermano el chino, se me nubló la mente igual, igual que aquella tarde en el colegio. Sentí la voz de mi padre, me hablaba en inglés, cantando

desde los entresijos de la sangre. Sí, eran las mismas canciones que había escuchado desde que tengo uso de razón miles de veces. Me zumbaban en las sienas pidiendo venganza, sobre todo aquella que traducida significaba “Vamos juntos”. Legítimo, ¿no cree?, porque ella, la señora Ono como usted dice, ahora que yo tenía la oportunidad, no se iba a ir de rositas. Recogí el carro del género y pasé por la cuchillería. Entré, pedí una navaja de Albacete de las más grandes que tuvieran y les dije a los de la tienda que era para rebanar los puerros, porque las señoras los quieren sin la parte verde, ¿sabe usted?

Pasé toda la mañana como atontado, y me equivoqué en la entrega de un pedido. Me acordaba de Ramiro y de su sangre caliente, y me preguntaba si La China la tendría del mismo color. Y así, medio cegado por la mala leche, me estuvieron retumbando en la cabeza las canciones de mi padre durante todo el día hasta que por la noche llegué a casa y me puse el tocadiscos. Creo que me fumé más de un paquete de tabaco mientras las escuché todas, y estaba tan emocionado con lo que iba a hacer, que se me caían las lágrimas de alegría. Aquellas canciones habían sido como nanas con las que mi madre me dormía cuando andaba en mantillas. Más tarde, cuando yo ya podía entender, me las ponía en el tocadiscos muy bajitas y me iba contando mi historia y las conversaciones telefónicas que mantenía con mi padre desde su trabajo. Era precioso, todo lo que ella me contaba me hacía sentirme orgulloso. Seguramente usted haya vivido con su padre, pero para mí las fotografías que me mostraba mamá, las portadas de las fundas de los discos y la voz que salía del aparato de música eran lo único que tenía de él. Y así soñábamos juntos con su vuelta. Por ella supe que mi padre estaba aprendiendo español para venir a por nosotros, porque cuando se conocieron, hace treinta años, en la gira de los Beatles a España, no habían necesitado hablarse, se habían entendido mirándose a los ojos, juntando las manos y diciendo sólo: “Love”, porque con eso era suficiente. Sí, cuando yo tenía diez años, me dijo mi madre que papá ya podía mantener una conversación normal en nuestro idioma, aunque con un poquito de acento. Yo también quise, ¿sabe usted señor comisario?, de chico aprender inglés, pero para lo del estudio nunca he valido. No sé, se me iba la cabeza y no se me quedaban las cosas como a otros: ni los problemas, ni los reyes, ni los ríos, ni nada de lo que se aprende en clase. No me importaba mucho sacar malas notas porque cuando volviera mi padre yo no necesitaría tener que estudiar para ser un hombre de provecho como decía mi abuela, podría conseguir todo lo que se me antojara. Y, además, después de lo de Ramiro me

echaron del colegio y mi abuela me colocó en el mercado. Esto me vino bien, ganaría dinero y me podría comprar un chaquetón y unas gafas para darle una sorpresa a mi madre. –Cada día te pareces más a él –me decía mamá cogiéndome la cara entre las manos abiertas.

Y a mí el brillo que le asomaba a sus ojos en estas ocasiones me emocionaba mucho. Por eso con el primer sueldo que me dieron en la frutería me fui a una óptica que está ahí, en la calle Príncipe, ¿la conoce?, y negué al oculista que veía las letras pequeñas, me graduó los ojos y me compré unas gafas igualitas que las de mi padre. También me compré un chaquetón azul marino y le di una foto de las que recortaba mi madre al maestro Vallejo, el de la barbería de la calle Santa Isabel, para que me cortara el pelo igual que cuando papá vino a España y conoció a mamá y se enamoraron y me engendraron y él le prometió volver en unas semanas, justo después de acabar con unas galas que ya tenía firmadas por no sé qué países y a las que no podía faltar.

Desde aquel día siempre me he hecho el mismo corte, y, no sé si será por la paliza que le di a Ramiro, en el barrio ya nadie me ha vuelto a llamar Serafín Baeza, como pone en el carnet que se han quedado los policías de la puerta, sino que me empezaron a llamar El Lennon. Sé que tengo la nariz un poco más chica que la de mi padre, pero con las gafas y el corte de pelo (me lleva un poco desrizármelo, en eso he salido a mi madre) soy el vivo retrato de él.





Sólo a mi abuela no le gustó. Cuando me vio aparecer por la puerta de casa me dijo que adónde iba hecho un mamarracho. Pero yo estaba tan contento de llamarme Lennon y de parecerme a él que no le hice caso. Y es que mi madre siempre me decía que lo de Baeza era una cosa provisional, ¿sabe?, porque mi padre le había prometido que cuando volviera iba a dejar de ser protestante y se casaría en una ceremonia íntima, con muy pocos periodistas, e inmediatamente después irían al Registro Civil y, “mi John”, como le llamaba mamá cuando me contaba estas cosas, me reconocería y desde entonces en todos mis documentos aparecería mi verdadero apellido, Lennon, y lo de Baeza sería sólo de segundo. No me diga que no es bonito, Lennon, con tres enes.

Esta chaqueta azul de marinero ha sido como una segunda piel desde que cobré mi primer sueldo en la frutería, y cuando una se ha puesto vieja me he comprado otra igual, incluso después de que La China mandara matar a mi padre. Yo quería que cuando él viniera se diese cuenta, ya en el aeropuerto, de quién era yo. Por aquella época también me compré una guitarra y al verme mi madre me dijo: “De tal palo, tal astilla”. Es una pena que no tenga condiciones para la música, porque aunque el inglés se me daba muy mal, al menos me había aprendido las canciones de memoria y hasta tengo las traducciones que me trajo una cliente de la frutería que se pasa los veranos en Londres para

aprender el inglés. Yo, ya le digo, desde que nació, me había estado preparando para la llegada de mi padre, pero se empezó a demorar y le preguntaba a mi madre cuándo dejaría de llamarme Baeza y nos iríamos a vivir a un chalet de Mallorca. Mi madre me decía que pronto y que, con un poco de suerte, podríamos comprarnos hasta una isla para nosotros solos con una gran casa en el centro llena de instrumentos, partituras, discos de oro y recuerdos. Y con esta ilusión estuve hasta los quince años más o menos. Yo no hubiera tenido que volver más al mercado de Antón Martín y mi madre no hubiera tenido que ir a esa cafetería en la que trabajaba. Pero esa bruja, la señora Ono —¡menuda señora!— como usted la llama, lo tenía medio hechizado, hasta que mi padre se dio cuenta y decidió venirse, y entonces pagó para que lo mataran y para que otro se comiera el marrón. ¡Cómo ha engañado a todo el mundo! No se puede imaginar cómo odio a esa mujer, y le juro que si no llega a ser porque me han detenido cuando ya la tenía a menos de veinte pasos, hubiera echado más sangre que Ramiro, o que mamá la noche de la hemorragia. Eso fue hace muchos años, ¿sabe?, yo no tendría más de ocho pero me acuerdo como si hubiera sido ayer. Mamá entonces tenía un amigo que se llamaba Emilio, que a mí me caía bien porque nos traía unas pastas envueltas en un papel muy suave y atadas con un cordelito para la merienda. Una noche me despertaron unos gemidos y los gritos de mi abuela que

no paraba de repetir: “¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! Pero a quién se le ocurre esta barbaridad”. Se oían voces, el ruido de las puertas al abrirse y al cerrarse, los gritos de Rosa, una vecina, que le decía a mi abuela Dolores que llamara por teléfono a una ambulancia. “Dios mío, que se me va la chiquilla. Se me va mi Fuensanta”. Salí de mi cuarto y me quedé mirando desde un rincón oscuro al fondo del pasillo. Mi abuela iba y venía con toallas y una palangana llena de un líquido que tenía el color de un refresco de granadina. Al ratito llamaron a la puerta dos camilleros que entraron en la habitación de mamá y se la llevaron a toda prisa. Pude ver sus ojos cerrados, su rostro pálido como el de los santos de escayola que venden en la calle León y los labios de un color rosa muy clarito. Mi abuela me buscó, se puso un abrigo sobre el camión y se calzó unos zapatos de tacón bajo en los pies desnudos.

—Tú quédate aquí, si no he vuelto mañana por la mañana le dices a Rosa que te haga el desayuno. Yo me voy con mamá al hospital que se ha puesto malita.

Bueno, no lo dijo así tan bien, ¿sabe usted?, las frases le salían un poco deshilvanadas como a los lelos. En el descansillo unos vecinos en pijama y con bata le hacían preguntas a mi abuela. “Una hemorragia”, repetía bajando los escalones hasta que no quedó nada de su voz y la sustituyó una sirena, como esa que ustedes han puesto cuando me traían del campo de fútbol. Estaba descalzo y noté el frío del terrazo en la planta de mis pies. Al rato la casa se quedó en silencio, el

murmullo de la ambulancia había desaparecido y sentí un poco de miedo y soledad. Pensé que si mamá moría, sería mucho más difícil que mi padre viniera a buscarme. Llorando me dirigí al cuarto de mi madre. Parecía un lago de sangre, yo no he visto tanta en mi vida, señor comisario, y tiradas en la cama estaban, también manchadas de rojo, las agujas de hacer punto. Había un extraño olor ácido en la alcoba.

Unos días después volvió mamá a casa. Había recuperado algo de color, pero aún tenía la piel amarillenta como los pepinos pasados. Me hizo mucha ilusión volver a verla sana y salva porque mientras estuvo en el hospital no me habían dejado verla y me alegré de que tuviera que guardar unos días de reposo. Tuvimos que tirar el colchón y comprar uno nuevo y yo me sentaba en el borde, le llevaba los caldos que le preparaba mi abuela Dolores, o las yemas con vino quina y allí, juntos, charlábamos y me enseñaba sus álbumes llenos de fotos recortadas de los periódicos: “Mira hijo, cuando llegaron al aeropuerto de Barcelona”.

Aunque conmigo parecía feliz, desde aquella noche mamá estaba un poco más triste que antes de la hemorragia, y cada vez que alguien llamaba a la puerta me decía: “será Emilio”, pero Emilio no volvió nunca a asomar por casa. Lo eché de menos porque era un hombre muy educado que a mi abuela le llamaba doña Dolores y a mí, rascándome la cabeza, me decía “caballere”. Durante todos los días que estuvo en casa mamá me





contaba, con miles de detalles, las historias que le he estado contando a usted, señor comisario. Que, por ejemplo, le hubiera gustado ponerme John, como mi padre, pero que entonces los del Registro, que eran de Franco, no dejaban porque no existía ese nombre en español y como a mi madre Juan, así en español, le resultaba un poco soso, pues me puso

Seraffín, como mi abuelo, el que murió tísico cuando mi madre era muy pequeña. Esto de mi abuelo lo sé porque me lo contó mi abuela, que desde el día de la hemorragia cambió mucho el carácter, y aunque era cariñosa conmigo, ¿sabe?, siempre estaba muy enfadada con mamá. Cada vez que la oía contarme cosas de mi padre se ponía de muy mal talante y le gritaba: “¡Cuántos pájaros, Dios mío, esta mujer no está bien de la azotea!”. O le decía que se dejara de películas: “Anda, Fuensanta, que estás loca y vas a volver chalo al pobre niño, porque seguro que ahora dirás por ahí que lo de la hemorragia era de Rodolfo Valentino”. Entonces mamá se ponía triste y me mandaba a jugar.

A mí, eso de que mi abuela se metiera tanto con mi madre, me molestaba mucho. Empecé a tomarle manía y desde entonces le he tenido un poquito de tirria, ¿sabe?, pero esta tarde, cuando iba a salir para el campo del Atleti, la he mirado y la he visto tan viejecita y sin ninguna fuerza que me ha dado pena, la he besado, y toda la rabia de tantos años se me ha ido del cuerpo porque, en realidad, yo no soy ningún terrorista, ni odio a nadie, bueno, a esa que ustedes han librado de que la cosiera a cuchilladas, a la señora Ono como usted dice, a esa, la odiaré siempre con todas mis fuerzas.

Alfonso Fernández Burgos

Alfonso Fernández Burgos nació en Jabugo en 1954 y vive en Madrid. Licenciado en Periodismo, y en la actualidad es profesor del curso de novela del Taller de Escritura de Madrid y en los Talleres de Escritura Fuentetaja. En el mes de mayo de 2007 ha aparecido su última novela, *Skins*, que edita Gens Ediciones.

MERCADO DE ANTÓN MARTÍN. MADRID

El Mercado de Antón Martín está en pleno centro de Madrid, con acceso desde las calles Santa Isabel y Duque de Fernán Núñez, y el pasaje Doré, donde se encuentra la Filmoteca Nacional, en lo que fue el antiguo cine Doré. Fue construido en 1941 y tiene una superficie de unos 4.500 metros cuadrados, incluyendo unos 70 puestos de venta, de los que 17 son fruterías, 10 carnicerías, 9 pescaderías, 7 pollerías y el resto de otros productos de alimentación, y otros productos y servicios. Las instalaciones del mercado están pendientes de una próxima remodelación.

